

sino con lo inaccesible e infinito. "El alma es un convidado hambriento desde hace siglos y no hay necesidad de llamarla dos veces al festín nupcial." ¡Cuántos desesperados han vuelto a la vida guiados por una mano tierna y misericordiosa! Las Hermanas de la Caridad son ángeles guardianes de los frutos del Espíritu Santo que, según la epístola de San Pablo a los Gálatas, son "amor, y gozo, y paz, y sufrimiento, y largueza, y bondad, y larga espera, y mansedumbre, y modestia, y templanza, y limpieza". Con incomparable ternura se inclinan sobre el lecho del enfermo, enjugan sus llagas, calman sus dolores, respiran con él el mismo aire, confortan su ánimo y derraman sobre la cabeza abatida el óleo de la esperanza. Contemplando estos ejemplos de caridad excelsa, inspirados por la pasión de Cristo, se comprende que el madero de la cruz es el árbol de la vida, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna.

Como educadoras, las Hermanas de la Caridad son irremplazables, porque prolongan en la escuela las ternuras y delicadezas de la casa. Los que hemos tenido la fortuna de transitar por esos claustros venerables, conservamos de ellas un recuerdo dulcísimo, como si fuera el de nuestro último amor. Con las Hermanas aprendimos las primeras letras, las más bellas oraciones, las más suaves plegarias. Con ellas bebimos el agua de los ríos natales, seguimos el camino de las mariposas, y edificamos la cambiante arquitectura de nuestros sueños. Loen unos su abnegación, otros su ciencia, otros su modestia, que, para nosotros, su recuerdo es un sitio constelado de lágrimas...

SILVIO VILLEGAS

SIGNIFICACION MUSICAL

I.—La música es una expresión sensible de belleza, del mismo modo que lo son la poesía y las artes plásticas; pero si a través de éstas vislumbramos con claridad las ideas inspiradoras, el significado de la música nos sume en confusión y oscuridad. Lo bello —idea y forma— se muestra en la música con fascinante esplendor; sus sonidos son recogidos con plenitud por los sentidos, pero el entendimiento se extravía cuando trata de penetrar en su fondo misterioso. Esta dificultad nos ha llevado a dudar alguna vez de su virtud comunicativa y si pensáramos como Tolstoi, de su valor artístico, el escritor ruso creía, en efecto, que el arte era el poder de trasladar, intacta, una impresión bella al espíritu de los demás, y para alcanzar esta aspiración es necesario trasladar conjuntamente forma e idea, y esto es bien difícil en la música. 9

Ella nos oculta, indudablemente, un significado, una idea creadora; nos agrada y no sabemos por qué; su huella es imprecisa y nuestra sensibilidad la escucha admirada y complacida, pero la conciencia no se tranquiliza sabiendo de la música que es "arte de expresar determinados senti-

mientos de un modo agradable al oído”, como la definía Rousseau; el entendimiento quiere saber, siquiera de una manera aproximada, cuáles son esos sentimientos y cuáles las ideas genitoras.

En la poesía nos comunicamos con la mente y el corazón del autor, por medio de las palabras, cuyo significado conocemos y que generan las imágenes, donde se refleja el alma del poeta. En las artes plásticas, el sentido de lo bello y la inteligencia del orden universal se encarnan visiblemente en las formas arquitectónicas y pictóricas, que ponen al alcance de los sentidos el esplendor de la proporción y la elegancia de las líneas, su lenguaje diáfano ilumina a la vez la razón y la sensibilidad.

Pero “la música, afirmaba Wagner, se dirige a nosotros sin representarnos ninguna cosa particular”. La música nos desconcierta; entre sus sonidos se estremece todo nuestro ser poseído de una emoción oscura; sus palabras son enigmáticas y las notas resuenan en la sensibilidad, como las vibraciones ininteligibles de la encina griega; igual que Dantè abandonado por Virgilio, así se siente el alma entre la música, bajo la sombra de la selva armoniosa. En la poesía, por medio de las palabras y de la razón llegamos al sentimiento; en la música, la sensibilidad, herida por los sonidos se sobrecoge, dejando penetrar en la inteligencia apenas un significado indefinido.

II.—Es que el lenguaje de la poesía es diverso del de la música; ésta tiene su propio idioma, que “expresa, según Schopenhauer, lo que hay de metafísico en el mundo, la cosa en sí de cada fenómeno”. La música, en verdad, nos lleva hacia las ideas más abstractas; los sonidos no despiertan directamente representación alguna, sino que inspiran en el entendimiento las cualidades de las cosas, como la suavidad, la dureza, la claridad, la fuerza, la densidad, la quietud, calidades abstractas que llevan en sí un impulso que las conduce a las imágenes para unirse a ellas y cobrar así una realidad inteligible.

La calidad no es la idea representativa de un objeto concreto; es una idea-relación, que el entendimiento ha extraído de las cosas, comparándolas y observándolas, por medio de la cual se pone en contacto con ellas; al calificarlas, en efecto, las hace suyas. Y si las cosas se muestran en una inmensa variedad de formas, la calidad las agrupa, las asemeja, las reduce, las relaciona.

Pero la inteligencia “qui cherche partout la fixité”, se esfuerza en vano por representarse esas ideas-relaciones aisladamente, que son como el movimiento condensado de la mente a través del mundo. Bergson, de quien es la frase antes citada, decía que el pensamiento procede “par états”, es decir, fijando la realidad, que es, según palabras del filósofo “le flux, c’est la continuité de transition, c’est le changement lui-même”. Las cualidades buscan fatalmente una realidad tangible donde puedan mostrarse claramente. En el alma del hombre ha existido siempre la inquietud de transformar lo ideal en realidad palpable a los sentidos y así han nacido las bellas artes; lo abstracto en lo concreto, las ideas-relaciones en ideas-imá-

genes; así crearon los griegos la mitología y figuraron el amor en Venus, el alma en Psiqué, la sabiduría en Palas.

Esas calidades, como representación, permanecen latentes en el entendimiento y en él se revelan, al ponerse éste en contacto con el mundo exterior; como existencia, duermen en el fondo de las cosas, cobrando vida, como realidad, al unirse con el pensamiento. Así su existencia consciente se deduce de esa relación de pensamiento y universo, más aún, es la relación misma.

III.—Ellas son sorprendidas en la música por la conciencia, envueltas en las modalidades de tiempo y espacio; y es que las cualidades que el entendimiento descubre en las cosas, son concebidas dentro de esas categorías, en cuya atmósfera gira el universo. La creación es movimiento perenne y el movimiento es tiempo; y el tiempo —lo concebía Bergson en palabras admirables— “est ce qui se fait, et même ce qui fait que tout se fait”; y agrega que el tiempo es duración y que la duración se traduce en espacio; de esa manera, tiempo y espacio se relacionan íntimamente y están inextricablemente unidos; cuando se acelera el movimiento, se reduce el tiempo y proporcionalmente el espacio.

La calidad es, en fin, el grado de tiempo y espacio dentro del cual el entendimiento aprisiona y comprende una cosa. La densidad, por ejemplo, aprisiona una mayor cantidad de espacio y por consiguiente, de duración o tiempo: el pensamiento para abarcarla está sometido con más rigor a estas categorías; lo contrario sucede con la fluidez, la tenuidad.

Y la música, aunque parezca paradójico, pues es considerada como un lenguaje oscuro, es el mejor conducto por donde las calidades llegan hasta la conciencia; porque la música se expresa en sonidos y éstos están hechos esencialmente de tiempo y espacio; el primero lo constituye el tono, que está determinado por un cierto número de vibraciones sonoras dentro de una unidad establecida; el segundo, la intensidad, que es la amplitud de aquellas ondas sonoras. De modo que variando las calidades de las cosas según el grado de tiempo y espacio que el entendimiento solicite para asirlas y estando la multiplicidad de los sonidos en relación con la variabilidad de tiempo y espacio recogidos en ellos, al penetrar en la conciencia las ondas musicales, ésta unirá sonidos y calidades de igual tiempo y espacio; y a medida que se vayan sucediendo los sonidos en la conciencia, ésta reflejará sobre la inteligencia las calidades acordes en un vertiginoso ritmo.

IV.—Pero si el grado de tiempo y espacio es exacto para cada calidad, fijando su individualidad en una permanencia inmutable, el espíritu rige a su sabor esas categorías. La conciencia tiene el privilegio de reducir el tiempo, acelerando la marcha del pensamiento y al condensarse también el espacio, puesto que estos factores se relacionan en idéntica proporción, la mente alcanza a vislumbrar e intuir la noción de infinito; noción que, a primera vista parecería ser sucesión sin límites, pero que la razón nos muestra en seguida como la reducción absoluta de espacio y tiempo. El

infinito, la eternidad, no es una extensión, sino un punto dentro de una movilidad perpetua.

De ahí que cuando nos circunscribimos más dentro de esas dos categorías, somos más humanos, sentimos con mayor fuerza el dominio de la materia; cuando nos desligamos de ellas, percibimos en una íntima visión la existencia divina de nuestro espíritu. Esta variabilidad psicológica del espacio y el tiempo pone al alcance del compositor el poder de expresar las calidades, que son más divinas y espirituales o más terrestres y demoníacas, según que se reduzcan las nociones temporales y espaciales, o que se afirmen con mayor rigor y se acrecienten. Lo espiritual se mueve hacia el infinito, hacia la destrucción de esas dos terribles categorías que nos limitan y nos encarcelan.

El movimiento de las cosas y sus calidades no iguala jamás al de nuestro espíritu, que es un agitarse perenne y terrible; y así vislumbramos en la música el alma del compositor y nuestro propio ser en esa continua movilidad; estamos en el límite de lo eterno y lo que perece y en nosotros se unen el cielo y la tierra, lo imperecedero y lo mortal; ahí reside nuestra tragedia y nuestra angustia, porque esas dos fuerzas nos atraen y nos solicitan irresistiblemente.

Dentro de esas categorías temporales y espaciales gira el significado de la música; y el alma se consuela y se llena de alegría en un infinito anhelo, cuando el tiempo de la música se acelera y van ascendiendo los sonidos gradualmente; siente que se desliga de esa duración que la aprisiona, mira romperse esas ligaduras que la limitan, percibe que se levanta y se difluje en un ambiente inexpressable; en cambio, cuando los sonidos se unen con lentitud o van descendiendo hacia lo espacial y temporal, una profunda tristeza invade nuestro ser y el pensamiento prolonga su contemplación en lo inmenso de nuestra caducidad.

Pero en el alma humana se suceden, más que el desarrollo aislado de un sentimiento, un tumulto de pasiones, de deseos contrarios, de aspiraciones opuestas; en ese enlace de fuerzas adversas reside lo más sublime de la expresión musical, ya que en él se resume nuestra trágica existencia: el espíritu se desprende de la materia y se fuga a lo inmortal, mientras la carne ruge y nos encadena; y esa tormenta, ese forcejeo caótico, llega hasta hacernos temblar en una grave fruición. Cada sentimiento lo expresará una melodía musical y la armonía, por medio del contrapunto, enlazará esa variedad de melodías, resumiéndolas en el concierto.

Así la mente con esas calidades va desentrañando el significado musical, que se nos alcanza más con el poder representativo de los instrumentos, la articulación y calidad de los sonidos y que podemos penetrar mejor en ciertas formas de música, como el oratorio, la ópera y el lied, en las que la música se acompaña de la poesía y que se nos oculta más en la sonata, la sinfonía, el concierto y la fuga. Después, el predominio de las calidades más serenas y elevadas o de las más inquietantes y humanas, o en fin, su anudamiento trágico, dará el color a la composición; y así

como éste es determinado por un grado mayor o menor de luz, así la impresión musical en su conjunto será más luminosa y apacible o más torva y angustiosa, según el tiempo de la modalidad sonora.

Ya nuestra conciencia en posesión de las calidades, la imaginación se lanzará en busca de las imágenes. Y cada calidad retornará a las cosas de donde la extrajo el entendimiento enlazando sus representaciones; se complacerá en unas, desechará otras, engarzándolas dentro de un significado y un ritmo. Así cuando asciende lentamente el tono, a esa idea o calidad, unirá la representación del alma fugándose hacia lo inmortal, o el humo que se levanta de una casita campesina, o las nubes que se remontan de los ríos después de las lluvias, o una mujer que asciende por una colina hacia el mar, persiguiendo un sueño perdido; al contrario, cuando el tono baja, la imaginación traerá la caída de la nieve, o la de las hojas en otoño, o el descenso monótono de la lluvia, o el alma que se desploma de sus ensueños, volviendo a la cruda realidad; la intensidad de las notas acentuará la fuerza y la emoción de esas sensaciones y la repetición de los motivos expresará la insistencia de una pasión, o el renovarse de un movimiento o de un anhelo o de una suerte aciaga.

La imaginación, dentro de esas calidades, es soberana y en cada hombre se reflejarán distintos panoramas y distintas aventuras y una multiplicidad de sueños y figuras, desde las más límpidas hasta las más turbias y protervas. Esa libertad subjetiva de representación nos puede llevar hacia el bien o hacia el mal, y así pudo exclamar Shakespeare: "Oh música, que algunas veces conviertes los hombres en bestias y muchas otras transformas las bestias en ángeles."

V.—La música se desarrolla, pues, ante el espíritu, en un vertiginoso y simultáneo movimiento de síntesis y de análisis. Su virtud sintética, por intermedio de los sonidos, extrae del universo las nociones más puras, más generales, más inalterables; pasa con hilos invisibles tocando todas las cosas y uniéndolas con sorprendentes semejanzas; descubre analogías entre lo concreto y lo abstracto, entre lo espiritual y material; resume, junta, condensa lo disperso, concentra lo fluído y ofrece al pensamiento las supremas esencias; su poder analítico, al contrario, impulsa la imaginación, que se lanza con esas nociones, como con luminosas antorchas a través del mundo, dando color y resplandor a las formas y disponiéndolas en una expresión tangible y vívida; la imaginación anhela sentir; no quiere destruir la impresión estética encastillándose en esas nociones abstractas. El hombre para sentir necesita imaginar y para imaginar necesita comprender. Idea e imagen, entendimiento y sensibilidad, razón y sentimiento: dentro de estas nociones gira el significado de la música y en ese movimiento inagotable se abandona nuestro ser, arrebatado por la velocidad de los sonidos; la aceleración o el retroceso nos arrastran en ese cambio incesante, que es idea y sentimiento simultáneos, idea reflejada en las cosas, imagen reflejada en el entendimiento.

Existen entonces dos ritmos psicológicos en la música, del mismo mo-

do que los sonidos tienen su ritmo matemático; uno representa la síntesis, por medio del cual el compositor nos pone en contacto con el alma del mundo, ritmo interno que se desarrolla de lo exterior hacia lo interior; otro traduce el análisis, representa la interpretación y se dirige de nuestro interior hacia las cosas; ritmo externo gobernado por la fantasía y que desmenuza y dispersa, lo mismo que el entendimiento recoge y unifica.

En la música, pues, se nos revela la creación en su plenitud: en lo fijo y en lo variable, en lo único y en lo múltiple. Esos dos ritmos confundidos, que se equilibran como las atracciones opuestas de la tierra, que coinciden como los movimientos giratorios y traslaticios de los astros, se desenvuelven acordemente en el alma inspirándonos el sentimiento de la belleza. Y es que la belleza consiste en reflejar en una idea o ritmo interno, las formas que ella ha encarnado en el universo, concertándolo todo en una suprema y elevada armonía cósmica.

RAFAEL OSORIO R.

INVOCACION A BUFALO BILL

Buffalo Bill, hombre de luna y pantera, de largos cabellos y corazón de puma, que galopas en la pradera de la infancia tumultuosa de sueños.

Hombre legendario, para los niños. Que representas la Yanquilandia que quisimos en el filo de los doce años, desnuda de rascacielos y motores, con roja piel y penacho de plumas.

Aun sigues galopando en un rincón que te reservo yo siempre en la memoria cariñosa en que guardamos el sabor de fruta tierna del primer amor, el valor de héroe triunfante de la primera pelea viril, y todos los sueños despiertos que los que sentimos vamos coleccionando como extrañas estampillas de países que nunca han nacido para los textos adustos de la Historia.

Si se escribiera la Historia Universal de los niños, serías el hombre ideal, el caballero de los tiempos, hombro a hombro con Aladino y Amadís —tú, que sí viviste— y aun más, diciéndole frases rosadas a Blanca Nieves, o deshojando la margarita de la luna por las pupilas de Cenicienta.

Hombre de verdad que te empinas en el cielo del Far West para ser derrotero de sueños de ingenuas victorias, guiando heroicas caravanas de "pioneers" de las oscuras tierras infantiles, de chocolate y miel, con árboles como dedos de hadas, y de ríos cuyo vidrio movable es rayado por el pecho afilado de los barcos de papel.

Aun en la Nueva York hacia lo alto, los heroicos cascos de tu caballo —ya de nubes y viento— están apoyados en los cuatro más altos rascacielos. Y tú ríes, acariciando tu barba aguda como pico de flecha, mientras